

El exilio en Colombia

Yo comencé en Colombia como periodista a saltos de mata. Me dieron unas colaboraciones iniciales y publiqué algunas cosas en el año treinta y nueve. Recién llegado di una conferencia en la Biblioteca Nacional. Era la primera conferencia que cobraba. Luego pasé a una revista que hacía un español y que fue el primero que hizo huecogrado en Colombia. Mi labor fue la de hacer crónicas y corregir pruebas, y descubrí que no era tan fácil ser corrector de pruebas. Me separé de ellos en el año 40 porque me pidieron un artículo sobre política colombiana contra el nuevo presidente liberal. A mí no me gustó aquello y renuncié. Estuve un mes sin trabajo fijo pero me surgieron trabajos inesperados. Por ejemplo: el encargado de negocios del Perú me pidió que le transcribiera un manuscrito del siglo XVIII, anónimo: *Tizón de la nobleza española*, un libelo feroz contra las clases nobiliarias españolas más tradicionales, demostrando que tenían sangre hebrea, por ejemplo, el marqués de Villena. Mis conocimientos paleográficos se habían mermado mucho, pero no era difícil. También me encargaron la bibliografía de la *Revista Panamericana de Geografía e Historia*, de México. Luego me nombraron profesor del colegio nacional de San Bartolomé, dirigido por Tomás Rueda Bargas, muy amigo mío. Allí entraron varios exiliados españoles, por ejemplo, el geógrafo Vila, que volvió a España y murió hace algunos años. Publicó una geografía de Colombia. Fue director del Gimnasio Moderno. Bien, allí di clases de historia universal moderna. Cuando cambió el rector, pasé a dar clase de historia de la literatura española, con lo cual tuve que estudiar, y me benefició más que a los alumnos. Un poco antes de Pearl Harbour, empiezo a escribir en *Tiempo* de Bogotá, escribía cosas del día que llamaban en *El Sol*, fondillos: eran notas breves y comentarios editoriales. Así que tenía el trabajo de las clases, el del periódico y el de Asociaciones Españolas, que primero estuvo en el Ateneo Español y luego en la Casa de España. En *El Tiempo* estuve hasta que Rojas Pinilla lo cerró.

Mi primera conexión con Colombia fue a través de un hermano lego de la cartuja de Miraflores, en Burgos. Este hombre había tenido un cargo en la catedral de Bogotá. Recuerdo que visité la cartuja con el poeta Eduardo Marquina, que era muy conservador. Pero, para sorpresa nuestra, el único que allí habló fue el hermano Quijano. Marquina, en un aparte, me dijo: «¿No habíamos quedado en que los cartujos no hablaban?». Como miembro de la Unión Iberoamericana de Madrid, que presidía el Duque de Alba, y luego en la República, Gregorio Marañón (y en los últimos tiempos de ésta Enrique Díez Canedo), hice algunas conexiones con escritores latinoamericanos. Así que al final de la guerra me decidí por Colombia. Tenía algunos visados, pero la situación no era fácil para los emigrados españoles de aquel momento. Me decidí por Colombia porque yo había tratado de reconciliar a Prieto con Negrín; como no pude,

elegí un país donde no estuviera viva la polémica del exilio. Colombia, por su lejanía y porque no tenía demasiados recursos, no fue un país demasiado visitado por la emigración. Vuelvo al comienzo del exilio: salimos de Amberes para Puerto Colombia, junto a Barranquilla. A bordo del barco supe del pacto germano-soviético. Con cierto humor negro les dije, a mi padre y a mi hermano, que no iba a ser raro que viéramos periscopios alemanes antes de que llegáramos a Colombia. No los vimos. Llegamos el 27 de agosto y el 31 prácticamente comenzó la Segunda Guerra Mundial. A la llegada escuché un discurso magnífico del presidente Eduardo Santos que fue un gran amigo de la República española. Allí en Bogotá se encontraba un gran ensayista español, Luis de Zulueta, que fue director del Instituto Escuela, catedrático de historia de la pedagogía, y había sido ministro de Estado con Azaña. Cuando estalló la guerra era embajador de España en Roma. El Vaticano, muy discretamente, dijo que no se había opuesto a Zulueta, pero había nombrado un delegado oficioso en Salamanca. Y además, fue evidente que procuraron que se fuera. Zulueta también se exilió en Colombia. Él me recibió con mucho afecto. Otro exiliado conocido: Antonio Trías, doctor, padre de Ramón Trías Fargas, y muy amigo de Negrín. La emigración de Colombia era preferentemente intelectual. Se explica por las limitaciones que todos los países pusieron a la emigración. Todos seleccionaban de algún modo. Quitando México, que también hacía su selección en la embajada de París, y Chile, donde Pablo Neruda aplicó un criterio más amplio (aunque eso sí, para un solo barco), la emigración para los demás países resultó difícil. El número argentino, por ejemplo, fue escaso; el de Cuba también, el de Venezuela más aún. El de Colombia fue bastante amplio dentro de los límites de un país que no tenía mil millones de pesos de presupuesto. Además, sufría, como todos los países, los efectos de la crisis del año treinta. Pero sí tuvimos la simpatía del Presidente de la República. Al poco de llegar veo en los periódicos que el presidente invita a comer, en palacio, a los más distinguidos emigrados españoles. ¡Que no era lo mismo que lo que ocurría en los campos de concentración de Francia! Le sigo recordando nombres: allí encontramos a Pedro Urbano, catedrático de sánscrito. Él contribuyó a fundar el Instituto Caro y Cuervo, junto con el doctor Santos. El nombre fue Ateneo de Altos Estudios, recuerdo del Ateneo de Madrid. Urbano se dedicó a estudios filológicos de gran altura. El Instituto fue presidido por un jesuita, helenista. Santos, que era muy inteligente, aceptaba a todo el que fuera valioso con una gran tolerancia ideológica. Cuervo fue uno de los mayores lingüistas junto con Andrés Bello y Salvat. Porque Menéndez Pelayo era más bien filólogo. Cuervo, hijo de un presidente de la República que se había arruinado en la política, reconstruyó su fortuna haciendo cerveza con un hermano suyo, escritor. Y todo esto gracias a un manual de cervecería que le mandó de Valencia un orientalista colombiano. Mientras no vendía cerveza escribía las *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje colombiano* que es la primera gran obra sobre el castellano hablado en América. Cuando Cuervo se hace rico, vende la fábrica de cerveza y se va a París a continuar sus estudios filológicos. Y publica, él solo, el *Diccionario de Construcción y Régimen*, que no pudo ser terminado. Más tarde, en la reunión panamericana de Bogotá, del año 48, se acordó que la comunidad subvencionara la publicación de este diccionario. Y se está publicando, dirigido por un señor Dorestes, creo que de origen español. Aún están en la letra E, figúrese usted.

Pero va más aprisa que el *Diccionario Histórico* de la Academia Española que, al parecer, necesita trescientos años, y no se comprende ¿verdad?, con el número tan grande que hay de licenciados con buena preparación lingüística. En Colombia se exilió también un famoso historiador del derecho americano, José María Ots Capdequí, discípulo de Altamira. Publicó allí algunos libros y creó la Cátedra de Derecho Indiano.

Creadores había menos. Estaba Juan Guisé, que había sido director de *El Liberal*, de Madrid, y en Colombia publicó bastante. Era un escritor regeneracionista. Había publicado algo sobre Joaquín Costa. Otro nombre importante: José Benito, mercantilista, que luego se marchó a México y fue subsecretario de Estado del primer gobierno republicano en el exilio. Allí hizo periodismo y crónicas radiadas sobre la Guerra Civil. También el general Leopoldo Menéndez, que fue subsecretario de la guerra en el primer gobierno que se constituyó después de la sublevación. Recuerdo a un excelente químico, que había sido profesor de la universidad de Valencia: García Banús. Fue el primero que estableció la microfilmación de libros. A él se debe que se creara la facultad de química, separada de la de ciencia. El último diplomático español, Rafael Ureña, hijo. Una poetisa, María Enciso. Enciso residió en Colombia y luego se marchó a México. El novelista más conocido murió joven. Era hijo del caricaturista Blas, colaborador de *La libertad*. Ambos estuvieron exiliados. Este muchacho, Clemente, firmaba con el nombre de Airo, que es Oria al revés. Como no se llevaba bien con su padre, Clemente utilizó el apellido materno, pero al revés porque era pariente del cardenal Herrera Oria. Airo fundó la editorial Espiral y la revista del mismo nombre. Habla de él Domingo Pérez Minik, que ha muerto recientemente, al escribir sobre los novelistas españoles en el exilio. Dramaturgos no hubo de importancia, pero sí zarzueleros: el maestro Ventura, que había estrenado *Doña Francisquita*, de Vives. Mi padre, también músico, pero ya muy viejo, arregló algunas canciones. Ah, estaba también el escultor Oteiza. Un concertista: Antonio Fabra Rivas. Era un socialista que emigró a consecuencia de los sucesos de la Semana Trágica de Barcelona, primero a Francia y luego a Alemania. En este último país tuvo como discípulo de español, a generales del estado mayor del *Kaiser*. En Colombia se especializó en cooperación. Creó la cátedra de Cooperativa en la Universidad del Cauca. Publicó algunos libros. Era un hombre de una gran simpatía y vitalidad. Volvió a España y se encontró con que le querían meter en la cárcel por el terrible delito de haber sido masón. Hubo bastante apoyo desde Colombia y convirtieron los treinta años de prisión en tres años de confinamiento donde él dijera: eligió Tortosa. Murió al poco tiempo.

Colombia pasó unos años de gran agitación, los años 45 y 46. El problema surgió a raíz del asesinato de Jorge Gaitán, con ocasión de la novena conferencia panamericana. Se había organizado una olimpiada popular (cosa que se había organizado también en España en el treinta y seis) donde la influencia comunista era patente. A mí me dio la impresión de que era una maniobra encubierta para llevar elementos activos comunistas ante la situación que se acercaba. Desde luego, la técnica del asesinato de Gaitán se repitió luego: un individuo mata e, inmediatamente, es asesinado por un grupo lleno de indignación, con lo cual se corta la posibilidad de seguir la verdadera pista. Hubo allí, en la olimpiada popular, participantes cubanos. Algunos dicen que estaba Fidel Castro.